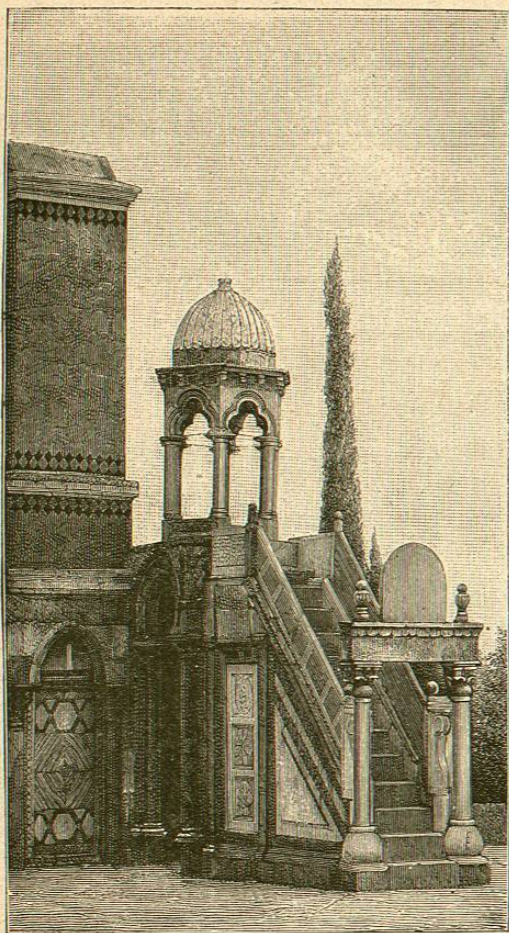


masas de cadáveres; y sin embargo esto no es nada comparado con lo otro...»

El bueno del canónigo nos hace del degüello de 10,000 musulmanes, refugiados en la mezquita de Omar, la siguiente agradable descripción.

«Se derramó, dice, tanta sangre en el antiguo templo de Salomón, que los cadáveres nadaban en ella arrastrados á uno y otro punto del



Púlpito de mármol, llamado de Omar, en el Haram, en Jerusalén

suelo. Véase flotar manos y brazos cortados, que iban á juntarse con cuerpos que no les correspondían; de suerte que era imposible distinguir á qué cuerpo pertenecía un brazo que se unía á un tronco; y los mismos soldados que hacían esta carnicería, difícilmente podían sufrir el vapor que de ella se exhalaba.»

Habiéndose juzgado insuficiente del todo este primer degüello, un consejo de Cruzados decretó la destrucción de todos los habitantes de Jerusalén, sin distinción de mahometanos, judíos y cristianos cismáticos, en número de unos 60,000. La operación duró ocho días, á pesar del celo con que la desempeñaron aquellos piadosos caballeros. Pero nadie se salvó, quedando degollados mujeres, niños y ancianos.

A fin de descansar de las fatigas que causó

esta matanza de toda una ciudad, los Cruzados se entregaron á las más asquerosas orgías, de modo que los mismos cronistas, á pesar de toda su indulgencia, no pueden menos de indignarse de la conducta de los defensores de la fe; y el tesorero Bernardo los trata de locos; y Balduino, arzobispo de Dol, los compara á jumentos que se refocilan en la basura: *computruerunt illi, tamquam jumenta in stercoreibus*.

La toma de Jerusalén produjo tanta sensación en el mundo cristiano como en el mahometano; y el prestigio de los discípulos del profeta, que tan grande había sido desde cinco siglos á aquella parte, pareció un momento que comenzaba á perderse.

Pero si la consternación que entre los musulmanes causó este acontecimiento fué grande, en cambio dió por resultado extinguir inmediatamente todas las divisiones que los debilitaban; el sultán del Cairo olvidó sus rivalidades con el califa de Bagdad, y ambos se enviaron embajadores con el encargo de ponerse de acuerdo acerca de las medidas que debían tomarse para salir de aquella calamidad.

Como la conquista de Jerusalén había costado á los cristianos un millón de hombres y arruinado parte de Europa, cabía esperar que sabrían conservar una adquisición tan costosa; pero no fué así, pues Jerusalén debía recaer de nuevo, y esta vez para siempre, en manos de los discípulos del profeta.

Godofredo había sido elegido rey de Jerusalén: honor que merecía por el valor que desplegara. Pero el valor no basta á organizar una monarquía, y el nuevo rey se mostró tan pobre administrador, como había sido denodado general. Murió luego, y su sucesor Balduino fué no menos incapaz.

Cuando Balduino murió á su vez en 1119, hacía veinte años que el dominio franco prevalecía en Palestina, sin más resultado que la ruina y despoblación del país. Se había introducido en él el feudalismo europeo; y el territorio estaba dividido entre magnates: los condes de Trípoli, de Ascalona y de Jafa, los cuales se hallaban constantemente en guerra unos con otros. Todos estos tiranuelos, impacientes de enriquecerse, habían arruinado rápidamente aquella comarca que tan rica llegara á ser bajo el dominio de los Arabes. Sin embargo, he aquí en qué términos un autor cristiano contemporáneo, Jacques de Vitry, obispo de Acre, juzga en su historia de Jerusalén á los sucesores de los primeros Cruzados:

«Una generación mala y perversa, niños malvados y corrompidos, hombres disolutos y violadores de la ley divina, habían salido de los primeros Cruzados, gente religiosa y agradable á Dios; así como la hez sale del vino, como el bugazo del olivo, ó como la zizaña del trigo, y el moho del bronce... Por el motivo más fútil se hacían pleitos, se disputaban y hasta armaban guerras civiles; llegando con frecuencia á pedir auxilio á los enemigos de nuestra fe contra los cristianos... No hay en la tierra de promisión sino impíos, sacrílegos, ladrones, adúlteros, parricidas, perjuros, bufones, frailes lascivos y monjas impúdicas.»

Guillermo de Tiro no es menos explícito, y después de tratar á los hijos de los Cruzados de verdadera gente de perdición, de gente inhumana y despreciadora de la fe, que se precipitaban á porfía en todos los excesos imaginables, añade: «Tan grande es la monstruosidad de sus vicios, que si un escritor se propusiese hacer un cuadro de ellos, no podría sobrellevar el peso de semejante materia, y más bien parecería componer una sátira que una historia.»

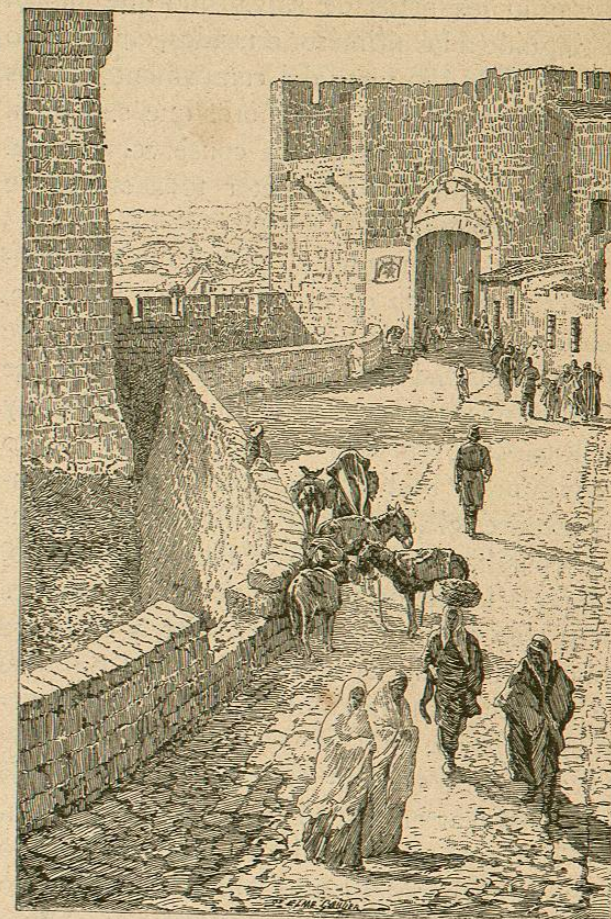
Mientras los cristianos seguían arruinando el país, los musulmanes reconquistaban gradualmente lo que habían perdido, y sus progresos en Siria, particularmente la toma de Edesa, llegaron á causar tal espanto á los cristianos de la Palestina, que éstos se apresuraron á pedir auxilio á Europa.

Organizóse una segunda cruzada para socorrerlos, llegando San Bernardo á estimular el entusiasmo religioso. Luis VII, rey de Francia, fué á Palestina, como jefe de la segunda cruzada; y Conrado III de Alemania se le juntó. Luis llegó al Asia menor con un ejército de cien mil hombres, que no tardó mucho en quedar destruído completamente. El rey de Francia tuvo que escaparse precipitadamente, y pudo meterse en Antioquía, de donde fué á Jerusalén como simple peregrino. La misma suerte tuvo el ejército de Conrado.

La conducta de los Cruzados en esta segunda expedición no discrepó de la observada por los de la primera. «Pocos Cruzados, dice el canónigo Anquetil en su historia, llevaban intenciones verdaderamente religiosas, y no hay crimen por atroz que sea, bandolerismo, ni atrocidad, que no pueda echárseles en cara.» San Bernardo se vió obligado á atribuir á sus horribles excesos la pérdida de esta nueva empresa.

Estaba reservado al ilustre sultán Saladino expulsar definitivamente á los cristianos de Je-

rusalén. En efecto, después de reunir en su propia mano y bajo un solo imperio Egipto, Arabia y Mesopotamia, penetró en Palestina, derrotó é hizo prisionero al grotesco rey de Jerusalén, Guido de Lusignán, y se apoderó en 1187 de la ciudad santa. Pero lejos de imitar la conducta feroz de los primeros Cruzados, degollando á su vez á todos los cristianos, Saladino se redujo á imponerles un corto tributo, y prohibió el más ligero saqueo.



Puerta de Jaffa en Jerusalén: de una fotografía instantánea sacada por el autor

Quedaba así destruído el reino latino de Jerusalén, después de una duración de 88 años; y aunque han pasado ocho siglos desde este acontecimiento, todos los esfuerzos del cristianismo no han bastado á arrancar la ciudad santa de las manos del islam.

La historia de los esfuerzos infructuosos que Europa hizo para reconquistar aquella ciudad, ó sea la historia de las seis últimas cruzadas, tiene escaso interés; por cuyo motivo nos reduciremos á dar de ella un breve resumen.

Predicó la tercera cruzada (1189-1192) Guillermo, arzobispo de Tiro, en Fenicia; cuya cruzada tuvo por jefes á Felipe Augusto, rey de Francia, Ricardo Corazón de León, rey de Inglaterra, y Felipe Barbarroja, emperador de Ale-

mania, es decir, los tres soberanos más poderosos de Europa.

Barbarroja murió en el Asia menor á consecuencia de haber tomado un baño en las aguas del Cidno, llegando tan sólo á Palestina reliquias de su ejército; Felipe Augusto se cansó luego, y después de una corta temporada en Palestina, fué á reembarcarse en Tiro, dejando tras sí un ejército de 10,000 hombres á las órdenes del duque de Borgoña; y Ricardo Corazón de León prosiguió los actos de salvajismo que habían distinguido á los primeros cruzados, empezando por degollar á la vista del campamento de los musulmanes á 3,000 prisioneros que se habían rendido, y á quienes jurara conservar la vida. Además se dedicó á cometer toda suerte de saqueos y matanzas.

Fácil es comprender el efecto que semejantes actos causaron en el caballeresco Saladino, quien no sólo había perdonado generosamente la vida á los habitantes de Jerusalén, sino que durante una enfermedad de Felipe Augusto y de Ricardo Corazón de León llegó á enviarles provisiones y bastimentos frescos. Reconociendo entonces el abismo que en ideas y sentimientos, separaba al hombre civilizado de un bárbaro, comprendió que no podía tratarse á semejantes locos sino como á bestias salvajes, y en breve obligó á Ricardo Corazón de León á retirarse de Palestina, sin ni siquiera dejarle llegar delante de Jerusalén.

La tercera cruzada no tuvo otro resultado que conservar en manos de los cristianos algunas ciudades del litoral que habían logrado retener; cuyo objeto no se había aún logrado sino confederando las fuerzas de los tres soberanos más poderosos de Europa.

La cuarta cruzada (1202-1204) tuvo por jefe á Balduino, conde de Flandes; y así como hasta entonces los Cruzados habían ido á Palestina por tierra, esta vez resolvieron ir por mar, dirigiéndose directamente de Zara á Constantinopla, que era capital de un imperio cristiano.

Al llegar á Constantinopla, algunos de los nuevos Cruzados hicieron observar juiciosamente que Siria estaba muy lejos, y que las anteriores expediciones la habían aniquilado demasiado para brindarles con una rica presa; mientras que Constantinopla, que estaba á su alcance, rebosaba de riquezas; y como la exactitud de esta observación pareció evidente, resolvióse pillar la ciudad, á pesar de haber entrado en ella como aliados; y aquellos buenos caballeros se lanzaron al saqueo de la población, sin respetar

casa ni hogar. Contenía entonces Constantinopla los más preciosos tesoros de arte y literatura, acumulados por la antigüedad griega y latina; y como semejantes preciosidades tenían para los Cruzados del siglo XIII el mismo interés que pudieran tener para una turba de Pieleros rojas, todo lo que no era plata ú oro fué roto ó echado al mar, destruyéndose así gran número de estatuas de mármol de Fidias, Lisipo y Praxiteles, y perdiéndose para siempre importantes obras de Demóstenes, Diodoro, Polibio y otros.

Una vez acopiado el más imponderable botín, lejos Balduino y sus compañeros de pensar en proseguir su viaje á Palestina, el jefe se hizo nombrar emperador, y el papa Inocente III, después de reconocer que los cristianos habían cometido los más horribles excesos, confirmó la elección. Inútil es añadir que la nueva monarquía fué de las más efímeras; pues los guerreros cristianos eran unos bárbaros demasiado estúpidos para fundar un imperio duradero; y como tan sólo sabían destruir, su corta permanencia en Constantinopla no tuvo otro resultado que la pérdida de los más preciosos tesoros de la antigüedad greco-latina.

La quinta y sexta cruzadas fueron expediciones sin importancia; y como la mayor parte de los Cruzados tenían muy pocas ganas de ir á hacerse derrotar en Jerusalén, el ejército se dirigió á Egipto con la esperanza de un rico botín; pero se les malogró la idea, viéndose obligados á retirarse, así que adelantaron un poco.

Bien es verdad que un pequeño cuerpo de tropas se había encaminado hácia Jerusalén, mandado por Federico II de Alemania; pero este príncipe, á consecuencia de un tratado de alianza con los musulmanes, obtuvo el permiso de entrar en calidad de amigo en Jerusalén; después de lo cual tuvo que regresar á Europa contentándose con aquella flaca satisfacción.

Además, las cruzadas iban ya perdiendo el carácter de empresas europeas que al principio tuvieron; y en vez de caer sobre Asia verdaderas hordas de hombres, ahora se dirigían allí pequeñas expediciones, cuyos jefes y soldados tiraban por donde les parecía, cuidando sobre todo de enriquecerse.

A pesar de las cinco cruzadas que habían seguido á la primera, Jerusalén y casi el resto de Palestina continuaban en poder de los musulmanes; por cuyo motivo San Luis resolvió intentar un nuevo esfuerzo, emprendiendo en 1248 una séptima cruzada. Partió, pues, de

Aguas-Muertas con 50,000 hombres, dirigióse á Egipto, y desembarcó en Damietta, de la cual no tardó en apoderarse; en seguida tomó el camino del Cairo, en cuyo tránsito quedó completamente derrotado y prisionero. Recobrada la libertad mediante rescate, se dirigió á Siria, donde á pesar de campar dos años, no pudo obtener ninguna ventaja, viéndose al fin obligado á regresar á Francia sin haber ni siquiera llegado á la vista de Jerusalén.

A pesar de este descalabro, no perdió la confianza; y diez y seis años después emprendió una nueva cruzada. Embarcóse el 4 de julio de 1270 en Aguas-Muertas, con 30,000 infantes y 6,000 caballos, navegó hacia Túnez con la quimérica esperanza de que el gobernador se cristianizaría, y poco después, atacado de la peste en el sitio de esta ciudad, murió el 25 de agosto del mismo año.

Esta octava cruzada fué la última, dejando cerrada para siempre la era de semejantes expediciones, y quedando el Oriente definitivamente en manos de los discípulos del profeta.

Los cristianos no tardaron en perder las escasas posesiones que conservaban en Palestina; y en vano los papas hicieron todos los esfuerzos imaginables para reanimar el ardor de los fieles; ya no era oportuno; pues la fe se había enfriado en las almas, y la actividad de los pueblos de Occidente tomaba otra dirección.

Al cerrar este corto resumen de la historia de las cruzadas, no me pondré á juzgar si esta agresión de Europa contra Oriente fué ó no justa; pues aunque semejantes cuestiones pueden inspirar á jóvenes historiadores alguna disertación, no merecen un examen formal. De mí sé decir que no conozco ningún conquistador antiguo ni moderno que se haya preocupado un instante de averiguar si una empresa militar era justa ó injusta, con tal que la empresa se conformase con sus propios intereses, y cupiese llevarla á cabo sin demasiadas contingencias. En caso de éxito, ninguna necesidad hay de justificarla; pues el triunfo basta; y en el caso de que, por circunstancias excepcionales, fuese necesario justificarla, la dificultad de hacerlo no embaraza nunca á los retóricos de profesión. En efecto, por más fácil que sea prorrumpir en recriminaciones contra la injusticia de la fuerza, probando con elocuentes períodos que ésta no debe nunca sobreponerse al derecho, semejantes recriminaciones tienen en el desarrollo natural de los sucesos tan escasa influencia como

nuestros lamentos contra las enfermedades, contra la vejez y la muerte. Los principios de derecho teórico expuestos en los libros no han servido jamás de guía á los pueblos; y la historia nos enseña que los únicos principios que han obtenido el respeto son aquellos que se hacen prevalecer con las armas en la mano. Al predicar las cruzadas y al inspirar unas guerras mortíferas, que en el concepto del derecho teórico habían de ser contrarias á las leyes de la más elemental equidad, los papas no hicieron otra cosa que imitar á todos los conquistadores pasados y á los futuros, y así pues, como sería injusto vituperarlos por ello, dejaremos aparte toda apreciación de este género, y no hablaremos más que de los resultados inmediatos, ó de los remotos que produjo esta gran lucha entre dos sociedades.

III

RESULTADOS DE LAS LUCHAS ENTRE EL OCCIDENTE Y EL ORIENTE

Las apreciaciones de los historiadores acerca de este punto son muy contradictorias; pues si la mayor parte se deshacen en elogios, no faltan otros que opinan que aquellas guerras fueron funestas.

Si juzgamos á las cruzadas por el objeto directo que se proponían, es decir, la posesión de Palestina, es evidente que nada alcanzaron, pues á pesar de un consumo extraordinario de hombres y dinero, hecho por Europa durante dos siglos, los musulmanes continuaron poseyendo unas regiones que los cristianos quisieron á toda costa dominar.

Empero si consideramos á las cruzadas por los resultados indirectos que de ellas dimanaron, forzoso es reconocer que éstos fueron muy importantes; y aunque entre ellos los hay buenos y los hay malos, los buenos sobrepusieron indudablemente á los demás. Ese contacto de dos siglos con Oriente fué uno de los más poderosos factores del desarrollo de la civilización en Europa; ocurriendo así que las consecuencias de las cruzadas difiriesen de lo que sus autores se proponían. Esta discordancia entre lo que se quería y lo que se alcanzaba es por otra parte tan frecuente en la historia, que fácilmente llegaría á demostrarse que constituye una regla general.

Si queremos formarnos idea exacta de la influencia recíproca del Oriente en el Occidente,